

Mónica Alonso. La construcción de los sueños

Álvaro Rodríguez Fominaya, 1997

Su obra es excesiva, aun siendo minúscula. Excesivamente poblada de arquitectura, de trampas, de recorridos y laberintos. Los títulos de sus series son reveladores de una persistencia y objetivos que aparecen cada vez más nítidos: Habitaciones para conversar, Construyendo o descanso, Adosados, Asépticos, Somniurizado. Es en 1994 cuando la autora inicia este ciclo en que va depurando su lenguaje y abandonando todo el equipaje innecesario en el trayecto de la creación.

Desde Archigram y Archizoom, la arquitectura se ha como una la ciencia de las utopías. Desde Vito Acconci y sus estudios sobre los espacios públicos y privados, reminiscentes de la arquitectura, la escultura ha jugado a ser un hábitat utópico, una arquitectura inútil.

Cuando a mediados del siglo XIX Henry Thoreau, desde los bosques de Nueva Inglaterra, elogió el estado de sabiduría del hombre salvaje, aquel que debió existir antes de realizar el contrato social, recriminó a la civilización el que haya creado una arquitectura inaccesible para la mayor parte de la humanidad. Es en este canto a lo esencial, a lo básico y lo necesario, donde Mónica Alonso se une a H. D. Thoreau.

Entender lo fundamental, diseccionar el espacio doméstico y extraer, como si fueran las vísceras calientes de algún animal en el vértigo de su extinción, los elementos configuradores de la forma parte del trabajo de Mónica Alonso. Como un cirujano que estirpa los órganos enfermos, ella obvia lo prescindible y entonces una puerta, una ventana, o una cama cobran sentido, que no es el meramente físico sino uno mental o espiritual, y se conforman con las vivencias del ser.

La aparente ingenuidad de una habitación, construida como una maqueta, a escala, pintada, retocada, se transforma en una arquitectura de las obsesiones, que indaga, y hace meditar, y repite con cadencia interminable la necesidad de encontrar un lugar donde descansar.....los sueños.

Conocemos los grabados de M. C. Escher, nos fascina de ellos ver cómo escaleras, columnas y muros se entrecruzan, y nos engañan siempre, viendo por unos segundos cómo lo irreal se hace real. Al igual que M. C. Escher, que representa una arquitectura irrealizable, Mónica Alonso nos invade con esta arquitectura de la imposibilidad y dice: *“A primera vista nos sentimos atraídos por los colores de mis habitaciones, pero cómo si no hay tejido que nos proteja, si las puertas se suceden y despiertan en nosotros la intranquilidad”*. Es la paradoja de sus esculturas, sus objetos, a través de los que la dualidad atracción/repulsa penetra en nuestros sentidos. Como si huyendo de todas las convenciones del arte del Feng Shui hubiera decidido encontrar su propio equilibrio, siguiendo un proceso de prueba y error que sólo puede llevar a la conclusión de su serie Construyendo o descanso. Desde los primeros intentos fallidos, la cronología ha hecho que vaya encontrando curas a estos problemas geománticos, y las sucesivas esculturas se convierten así en un modelo de experimentación que servirá para encontrar el descanso.

Hay un laberinto, una senda que guía nuestra mirada en cada una de sus piezas. Nos imaginamos un viaje y entramos por una ventana desnuda, salimos por el techo sin techo y volvemos a entrar, así hasta llegar al hastío, al reconocimiento sin tener que ver el lugar, sin tener que tocarlo. Interpretamos el *limes*, la frontera que conecta lo material con lo intelectual, Existe un preciso momento, cualquiera que sea, en el que nos mutamos en Minotauro para recorrer las estancias. Y existe otro momento, impreciso éste, en el que la autora toma la vida de Dédalo en préstamo imperceptible.

Hay colores que atraen, está comprobado. Cualquiera de nosotros lo ha sufrido cuando ha salido al campo con una camiseta de color equivocado, y todos los insectos del mundo querían libar en nuestros bolsillos. Y Mónica Alonso usa este recurso con precisión, premeditadamente, utilizando el rojo, el verde, el azul.....”*como una trampa*”, nos recuerda. Colores chillones, estridentes, excesivos, que nos llaman e hipnotizan. Este efecto fascina a la autora y lo emplea como un juego que le divierte.

Hay puertas, ventanas y camas. Es el ABC del espacio doméstico. Tras el cabezal de la cama ignoramos lo que ocurre más allá de la pared. En *Adosados* este desconocimiento se vuelve angustia, necesidad de saber, inquietud. Mediante la transparencia ficticia de las paredes observamos las escenas que se suceden en el espacio más próximo y más ajeno: el que está justo detrás de nuestros muros. Solucionamos lo insoluble, y otra vez lo irreal se vuelve real. La cama es el único espacio irreductible, la cápsula que nos protege y envuelve, pero también se nos aparece como el espacio de la vulnerabilidad. Quizás por eso hay que elevarse, para salvarse del desastre, de la violación, del permanente abismo. A veces hay ventanas donde no hay puertas, o hay puertas donde no hay ventanas, entonces se confunden las unas con las otras, y se usurpan mutuamente su función, se pierden en esta mixtura, se arrasan en este caos. Otra vez no existen las puertas, ni los muros, ni ningún otro signo de lo esencial salvo la cama, y se transforma aún más en símbolo. Entonces lo esencial se torna extrapolable, intercambiable, y nos aturde.

Hay asepsia, que es uno de esos conceptos que surgen de forma casual para Mónica Alonso. Una imagen basta para convertir una idea en una nueva pieza. Contemplar la serie *Aséptico* es entrar otra vez en el túnel de la imposibilidad. La disposición de pequeñas bolas en el suelo impide lo que el título anuncia, proscribire la asepsia y nos sumerge en ese ámbito de la contradicción en el que transita la autora.

Adosados 3 es el proyecto que Mónica Alonso presenta en la Sala Montcada. “*Es la posibilidad de proyectar un edificio después de crear tantas habitaciones aisladas*”, señala la escultora. Las 12 plantas de la construcción, con sus correspondientes 27 camas, se elevan hasta ocupar casi toso el espacio. Ahora no es sino cuestión de la gravedad, de la física y de Newton, ahora que sus camas rozan el techo, en un equilibrio inconstante, sujetas por unos elásticos, expuestas a la caída, al

quebranto. Aunque siempre hubo una retórica y una presencia de la levitación en sus habitaciones. Incluso cuando tenían sus pies en la tierra, eran unos pies débiles, diminutos, unos pies de jirafa que relataban la voluntad de aislarse, de separarse, de decir adiós.

A veces nos preguntamos por el sentido que cobran los títulos de las obras, entonces éstos nos responden.

Álvaro Rodríguez Fominaya, 1997